Apoyado sobre la barandilla sintió que la ciudad se alejaba a merced del suave balanceo. El crepúsculo de aquel triste día atenuaba el perfil de la urbe sobre la incipiente oscuridad. Su estado anímico no le permitía captar sensaciones externas. Estaba embelesado con sus pensamientos. Era un viaje apresurado y obligado por extrañas ambiciones, atropellado por luchas políticas intestinas ajenas a su voluntad. Ese era el problema de haber elegido servir a la patria como militar. Su obligación era obedecer. Obedecer a cualquier precio. Obedecer y obedecer. «Pobre patria —pensaba—. ¿Cuándo podrá disponer de gobernantes con altura de miras capaces de mantener y, por qué no, mejorar el grandioso imperio que nos legaron nuestros próceres?».

En la ya lejana ciudad, las linternas de gas se encendían como un rosario de luciérnagas convirtiendo la humedad propia del mar que la envolvía en una esfera mágica de la que, en cualquier momento, surtirían destellos multicolores que le proyectarían a un mundo mejor, sin conflictos, más justo, más noble y, por tanto, más hermoso. Era una ilusión. Muchas veces, a lo largo de su vida, se preguntó quién movería los hilos de las marionetas que gobernaban la patria. Quién nombraría a ministros tan nefastos como el actual ministro de Marina, el sr. Beránger, masón encubierto y de dudosa honorabilidad. O al mismísimo Cánovas, del que no podía afirmar que fuese un corrupto, pero de su entorno sí que albergaba dudas —el clan Livermore sí sacaba provecho de su proximidad al presidente, con el diputado Romero Robledo a la cabeza—. Sin olvidar a Sagasta, otro masón reconocido, adalid de la paz, pero que no dudó en traicionar a Prim, por no pensar algo peor. Por más grande que fuera su turbación jamás dejó de cumplir con su deber y, con cincuenta y ocho años a cuestas, comenzaba a notar la fatiga de tanto sacrificio inútil. «Sí, inútil —se decía— porque tanto esfuerzo de gentes honradas no sirve por la inmundicia de los hombres al frente de los distintos gobiernos de la alternancia. Su egoísta, torpe e ignominioso proceder no ha conducido a la patria más que a conflictos y guerras intestinas, fútiles y mal llevadas, que nos han abocado a la actual decadencia, arruinados como estamos en caudales y con enormes cantidades de sangre, de nuestros jóvenes, vertida inútilmente». Finalizando el siglo, no recordaba una década de paz y progreso en toda su duración. «Desde luego, el siglo XIX pasará a la historia de España como la centuria negra».

De la visión de la ciudad apenas quedaban más que minúsculas y apagadas luces que subían y bajaban al ritmo de las olas, al igual que el torbellino de negros nubarrones mentales. Quería apartar esos pensamientos y por ello el cuerpo acompañó estirando los brazos y separándole de la barandilla, como si éste buscase el equilibrio con su mente. Una leve sonrisa afloró en la comisura de sus labios al recordar que a poco de embarcar se presentó el capitán del *Isla de Mindanao*, don José Riquer, quien se puso a su entera disposición invitándole a que le acompañase en el puente cuantas veces quisiera o deseara. No era hombre propicio a alabanzas y lisonjerías, mas era muy receptivo a la deferencia y a la buena educación. Le cayó bien el capitán y apreció su gesto. El cabello ralo y su barba nívea le inferían un aspecto grave. Le extrañó que lo reconociera puesto que iba de paisano y sin boato. Ni siquiera le acompañaba asistente alguno y tampoco viajaban con él otros miembros de su Estado Mayor. Se prometió que alguna vez subiría al puente para disfrutar de la navegación. Recordaría lejanos viajes a bordo de la fragata *Almansa*, o de los otros muchos buques en los que había navegado por los mares de la Conchinchina, del Pacífico Sur, del Atlántico o del Indico, si bien de este último disponía de pocos y lejanos recuerdos del comienzo de su carrera militar al servicio de la Marina de Guerra española.

La irrupción del capitán en su mente conllevó el triste recuerdo de su embarque. Efectivamente, llegó al muelle con el tiempo justo, como si quisiera evitar el mal trago de las despedidas ajenas, quizás añorando la suya. A él no fue nadie a despedirle. No asistió a las despedidas de cientos de jóvenes que, enrolados en los batallones expedicionarios de cazadores alistados para socorrer aquella lejana tierra española que era Filipinas, partían ilusionados a fin de cumplir con su deber. Aunque vio el dolor de esa despedida, de esa ruptura familiar, en los ojos hundidos por las pesadas lágrimas de las madres descorazonadas, desoladas y generosas que veían a sus hijos entregados partir allende los mares, a un lugar que ni conocían ni sabían de su existencia. Ese dolor que sólo quien ha parido puede comprender. Cuando llegó al pie del vapor, ya únicamente quedaban en tierra esas mujeres, cuerpos encogidos, y no por el frío sino por la desesperación de lo inevitable, encorvados por el peso del miedo al dolor que no se quiere ni pensar que va a llegar, consoladas por sus maridos y otros familiares, tristes también, aunque a aquellos les quedaba el consuelo de que sus vástagos iban a cumplir con su deber, con la pena añadida de no poder cambiarse por ellos. Nunca, en su dilatada carrera militar había tenido esa experiencia, y se prometió tenerla presente en la memoria cuando fuere menester, sobre todo, en el fragor de la batalla que inexorablemente sabía que habría de llegar. Se secó las incipientes lágrimas y permaneció en cubierta como si quisiera fijar en su mente aquel momento sublime que acababa de experimentar. La noche se imponía con su manto envolvente y frío y Barcelona pasó a ser una nebulosa brillante y difusa sobre el horizonte, apenas perceptible. Antes de retirarse al camarote recordó que ya le había dado instrucciones al camarero asignado para la disposición de su equipaje. No había, por tanto, prisa. El vapor había adquirido ya la velocidad de crucero; calculó que rondaría los once nudos. La mar permitía esa velocidad, e incluso algo mayor, pues se mostraba como una balsa plácida, con apenas oleaje. Y para acompañar la buena mar, la temperatura podría decir que era cálida, desde luego, muy superior a la habitual de esas fechas. Aunque el Mediterráneo es muy caprichoso.

Había embarcado sin apenas fijarse en el barco, solo en su vertical proa. Y aunque la humedad ambiente le inducía a recluirse, se negó, como buen marino, sin antes inspeccionar el barco. Paseó por la primera cubierta y calculó que el *Isla de Mindanao* tendría unos ciento veinte metros de eslora y una manga poco mayor de doce. Por la borda calculó que su puntal sería de diez metros. Recordaba haber leído en alguna parte que disponía de 4200 toneladas de registro bruto, y que desarrollaba, a plena carga, 13 nudos y que podía transportar hasta 1100 soldados de tropa. Una chimenea alta y delgada entre dos palos de acero hasta las cofas, sin bauprés, con las jarcias confeccionadas por cables del mismo material fue lo siguiente que apreció. El puente del buque quedaba muy a proa por delante del palo trinquete; venía después una escotilla y a continuación la estructura del alcázar que servía de guarda calor y se abría de vez en cuando para dar espacio a las bocas de las escotillas. La toldilla en este caso era una caseta grande que servía de acceso para bajar a la primera cámara; un espacio corrido en donde a crujía hallábanse tres largas mesas fijas para el pasaje, presididas por el sillón del capitán, y a las bandas se abrían las puertas de los camarotes de primera clase; rematando junto a la redonda de popa había un sofá en arco, tapizado en terciopelo rojo. Decidió ojear el comedor de primera. Era espacioso, elegante y bien conservado. Ocho finas columnas metálicas y dos filas de mesas conferían su peculiar aspecto. En un lateral pudo observar un gran retrato del niño rey Alfonso XIII y en el mamparo de enfrente, otro del Marqués de Comillas, armador del vapor propiedad de la Compañía Trasatlántica concesionaria de la línea correo de Manila. Adjunto al comedor halló la cámara de señoras, un salón de música y una sala para fumar exclusiva para hombres. Se disponía a salir cuando un tintineo llamó su atención. Preguntó a un camarero qué significaba aquello y éste le refirió que era el primer aviso para la cena y que, en quince minutos, con un segundo toque de campana se abriría el comedor.

Tenía plaza reservada en la mesa del capitán y así habría de ser durante toda la travesía. Sus acompañantes, aparte del señor Riquer, eran un alto funcionario de Hacienda recientemente destinado a Manila, un comerciante que continuaría viaje a Cebú, donde tenía su establecimiento, y un teniente de artillería, que regresaba después de disfrutar su vacación reglamentaria; los tres acompañados por sus esposas, razón esta que les sirvió, aparte de haber costeado el pasaje de primera, para disfrutar del privilegio de la compañía del capitán. Las tres damas eran las únicas pasajeras de aquel viaje. El resto de los ocupantes del comedor eran los jefes y oficiales de los diferentes batallones expedicionarios que, si bien viajaban con pasajes de segunda y dado que quedaban bastantes plazas de primera, fueron realojados en la superior categoría con todos los privilegios que conllevaba el cambio. Curiosamente, el teniente estaba destinado en Cavite, su próximo destino, y sería algo mayor que su hijo Eugenio. Todos le parecieron educados y agradables, excepto el alto funcionario al que encontró soberbio y engreído. Como se encontraba cansado, probablemente debido al viaje de Madrid a Barcelona, que resultó realmente penoso, se retiró no sin antes comunicar al capitán que estaría encantado de acompañarle en el puente la mañana siguiente. Ninguno de los mandos militares allí presentes se percató de su presencia. Le agradó pasar desapercibido, y así debería de ser para el resto del viaje.

~ O ~

El 5 de noviembre de 1896 el ministro de Marina, vicealmirante Beránger, llamó a su despacho al Director de Material de dicho ministerio. El contraalmirante Patricio Montojo y Pasarón acudió presto a la llamada de su superior. Una vez ante él, y después del saludo reglamentario, el ministro, que era tosco y parco en palabras, expuso fríamente el motivo de la perentoria llamada:

—Habrá de partir usted inmediatamente para Manila en sustitución del contralmirante, don Vicente Carlos-Roca.

Montojo quedó estupefacto ante la orden recibida. Era conocedor del malestar imperante entre los mandos de aquel territorio de la patria. Por un lado, el Gobernador, general don Ramón Blanco y Erenas, partidario de una política conciliadora y muy próxima a lo propugnado por la Masonería; de hecho, al general Blanco se le incluía en ella o al menos muy afín a sus postulados; y por otro, el arzobispo de Manila, monseñor Nozaleda, partidario de una política de mano dura con el insurgente. Su amigo personal Vicente Carlos-Roca, a la sazón Comandante General de la Armada y jefe del Apostadero de Cavite, se encontraba más cerca de Nozaleda, como lo demuestra el apoyo que dio al cura de Tondo. Tondo era un suburbio de Manila. Cuando el cura denunció la actual sublevación se encontró con la negación, o pasividad del general Blanco, quien no dio crédito inicialmente a la confabulación organizada por el Katipunan. El cura de Tondo acudió inmediatamente a Carlos-Roca, quien no dudó en auxiliar al cura. El enfrentamiento entre ambos militares, los cuales ostentaban la máxima autoridad en el archipiélago, fue notorio y a nadie se le escapó. Por otro lado, Montojo no negaba su deseo por ocupar el cargo que dejaría vacante Carlos-Roca, aunque no estaba dispuesto al relevo tal y como se lo planteaba el ministro Beránger. Manifestó a éste que el relevo estaba fijado para marzo del siguiente año, fecha en que se cumplía el plazo reglamentario de dos años. Y añadió que no estaba dispuesto a acceder a su petición por considerarlo un desaire a su compañero. Aquella respuesta no agradó al ministro acostumbrado como estaba a que se cumplieran sus órdenes sin más dilación.

—Le advierto a usted que el relevo de Carlos-Roca es por acuerdo del Consejo de Ministros a causa de su enfrentamiento con el general Blanco, y le he propuesto a usted por considerarlo adecuado, conociendo, además, su deseo de ocupar ese cargo.

En realidad, el ministro Beránger quería deshacerse del infatigable denunciante de las tropelías y retrasos de las empresas adjudicatarias de los contratos de construcción naval y artillado. Continuamente solicitaba sanciones y penalizaciones para los incumplidores contratistas. Para Beránger era un problema —lo que en la actualidad vulgarmente se conoce como «mosca cojonera».

En una fábrica del norte de España, estaban especialmente hartos de Montojo.

—No niego a usted mi deseo de sustituir a don Vicente, puesto que yo mismo se lo he manifestado a usted, pero nunca antes de que se cumpliera el plazo reglamentario de dos años.

—¡Vaya por Dios! Lo que usted quiere es ir allí tranquilamente, cuando le convenga o le plazca. Pues sepa usted que el relevo de Carlos-Roca lo solicitó el propio arzobispo de Manila y ya está decidido; opine usted lo que quiera —replicó malhumorado el ministro.

—Ruego a usted me conceda un plazo de veinticuatro horas para pensarlo.

—¡Ni una hora! —y llamando al secretario le dijo a éste una vez hubo llegado:

—Retire de la cartera el decreto y no se dé traslado a la prensa del relevo.

Montojo salió del despacho altamente preocupado y se encaminó hacia el suyo. Una vez allí, se hizo mil preguntas: Por qué se retiraba a un general de quien las correspondencias, que de allí llegaban, hacían elogios al igual que del general Echaluce (jefe del Estado Mayor y segundo cabo[[1]](#footnote-1) del archipiélago), mientras que se desataban en críticas feroces contra el general Blanco. ¿Por qué se sacrificaba al general de Marina en lugar del de Tierra? ¿Por qué el ministro de Marina no defendía a su compañero como le constaba hacía el ministro de Guerra? ¿Por qué decía Beránger que el arzobispo de Manila, a pesar de ser amigo de Carlos-Roca, solicitaba el cambio? (Hay que decir en descargo de Montojo que éste desconocía que en el mismo Consejo de Ministros se había decidido que el general Polavieja partiera para Manila como segundo cabo de Ramón Blanco en sustitución de Echaluce quien regresaba a la península por enfermedad). Muchas dudas enturbiaban el ánimo de Montojo. Participó a varios miembros de su equipo la propuesta del ministro, su negativa y sus dudas y pesadumbres. Todos ellos le indicaron lo perjudicial que para su carrera sería la respuesta dada.

Bien por convencimiento ajeno o por propia convicción, Montojo se presentó de nuevo en el despacho del ministro con espíritu conciliador.

—Estoy dispuesto a marchar a Manila sin más tardanza.

—¡Hombre!, me alegro, pero sepa usted que, de haber persistido en su actitud, hubiera quedado en muy mal lugar. Y sepa también que su negativa me hubiera costado la cartera. La situación del archipiélago no deja margen de maniobra al señor presidente.

El ministro rogó encarecidamente a Montojo que no demorara en exceso su marcha y de esta manera terminó su reunión.

Montojo creyó oportuno, antes de partir, girar visita a los ministros relacionados y a S.M. la reina regente. El 21 de noviembre cesó en el cargo y se dirigió al Real Palacio a fin de agradecer a S.M. que hubiese aprobado su nombramiento, recibiendo de su augusta señora frases de mucho afecto y agrado.

Al ministro de Ultramar, don Tomás Castellano, le dijo que sería muy conveniente cancelar la concesión a los actuales operadores ingleses del cable submarino que comunica el archipiélago con Hong Kong, por entender que es un asunto estratégico. También le habló de Subic por la perentoria necesidad de acelerar los trabajos del nuevo puerto para servir de base a la Armada. El ministro le anunció que el dique flotante de Subic estaba prácticamente acabado —el propio Montojo sabía que no era así— y le prometió que estudiaría sus propuestas y que hablaría con el ministro de Marina para que un buque de guerra protegiese el enlace del cable submarino. Se dijo a sí mismo que no era esa la solución. No sabía entonces las trágicas consecuencias que acarrearía no haber sido atendidas sus quejas.

Cuando visitó, al día siguiente, al ministro de Guerra, general Azcárraga —por cierto, español nacido en Filipinas. Posteriormente llegaría a ser, por unos días, presidente del Consejo de Ministros—, éste le dijo que ya el señor Castellano le había informado de sus observaciones y le volvió a prometer que serían estudiadas con suma atención.

Y por último visitó al presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, a quién solicitó buques de combate. Éste le informó de que el transporte *Álava*, recién construido en Inglaterra, sería destinado a Filipinas y probablemente los nuevos cruceros protegidos *Isla de Luzón* e *Isla de Cuba* lo serían también. Montojo se quedó estupefacto:

—Señor presidente, con todo respeto y humildad, esos dos buques no son de combate y difícilmente podrían competir con los de otras potencias amenazantes. Necesitamos acorazados de los que solo disponemos uno, el *Pelayo,* aunque algo anticuado y de poco andar, por cierto, y algún crucero de verdad.

—Ustedes los militares siempre ven enemigos por todas partes. En la actualidad y por primera vez en nuestra historia tenemos excelentes relaciones con todas las potencias mundiales y países europeos. Además, el ministro de Marina me ha manifestado la idoneidad de esos barcos para el servicio de la Armada de Filipinas puesto que disponen de cubierta protectora.

—Insisto ante su Excelencia en que esos cruceros serán útiles únicamente en la actual lucha contra la rebelión de los tagalos, pero de poco habrían de servir en caso de un conflicto o amenaza de otras potencias. Conoce usted mejor que yo la apetencia que tienen los americanos, o los japoneses por las Filipinas. Y hasta me atrevería a citar a los alemanes, recuerde Su Excelencia el conflicto del año 1885 en las Islas Carolinas.

—¡Patrañas Montojo! Usted limítese a apoyar a las tropas del general Blanco en su lucha contra la insurrección y deje la alta política para nosotros, los profesionales. También le comunicaré que el general Polavieja ya navega hacia Manila como ayudante de Ramón Blanco. Que sepa también que tengo excelentes informes relativos a su arrojo, valor e inteligencia, atributos que aprecio sobremanera. Confiamos en usted. No nos vaya a decepcionar.

En su mente irrumpió un pensamiento que le perturbó: ¿Por qué no se recuperaba el proyecto del submarino? El señor Peral había fallecido el año anterior, licenciado de la Marina, hundido y amargado, con su prototipo rechazado por quien ahora tenía enfrente, y lo sabía bien porque su primo Florencio era el Capitán General del Apostadero de Cádiz; Un rayo de lucidez le impidió soltar su ocurrencia. Terminó la reunión con Cánovas cariacontecido, una vez más, ante la ceguera de algunos políticos e incompetencia de algunos compañeros de armas, precisamente los que mandaban. Y con la sensación de que se lo quitaban de en medio. El 9 de diciembre de 1986 embarcó en Barcelona en el vapor *Isla de Mindanao* con destino a Filipinas, donde tomaría posesión del cargo de Comandante General de Marina y jefe del Apostadero de Cavite.

~O~

—Date prisa Matilde, o llegaremos tarde, como siempre.

—Qué pesado te pones, Valentín. Quedan todavía seis horas para que arranque el barco, no sé a santo de qué tienes tanta prisa.

—Los barcos zarpan, no arrancan —repuso Valentín

—¡Me da igual si zarpan o *zarpón*! No me marees más, pesado, que eres un pesado.

Valentín, en tono conciliador trató de explicar a su mujer las razones por las que deberían embarcar prestos.

—Matilde, tenemos que llegar pronto, antes de que lleguen los batallones.

—¿Qué batallones? ¿No me dirás que vamos a ir en un barco de guerra? —Matilde respiró profundo y sin esperar las aclaraciones de Valentín siguió hablando de carrerilla, como si hablase sola—. No, si vas a ser el más tonto del cuartel; encima que has acortado las vacaciones, porque la patria se hunde sin tu concurso, ahora vamos a ir en un barco de guerra, para salirle más barato al Ejército; a saber si no nos van a bombardear por el camino.

—Que no, mujer. Vamos en un barco de pasajeros, el *Isla de Mindanao*, y he sacado pasajes en primera. Lo que ocurre es que, por motivo de la sublevación tagala, están reforzando el ejército de Filipinas, y envían a las tropas en el mismo barco. Nada más. Y para evitar agobios, me han recomendado que embarquemos antes. Sólo eso.

—¡Ay Valentín! No me fío nada de ti.

~O~

1. Así se denominaba entonces al general siguiente en la jerarquía de mando en el Ejército de Tierra, que conllevaba el empleo de gobernador militar de la plaza. [↑](#footnote-ref-1)